

## ¿DE LOS ULTIMOS INCAS A LOS PRIMEROS PERUANOS?

Una reseña del último libro de Franklin Pease

Efraín Trelles

*Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú*; bajo este título algo inexacto, el Instituto de Estudios Peruanos ofrece un volumen más de su serie Historia Andina, que contiene lo más reciente del conjunto de materiales y temas que han venido ocupando los cursos de etnohistoria del profesor Franklin Pease. El libro está compuesto por cuatro capítulos de los cuales el segundo y tercero, menores en extensión, han sido publicados anteriormente y constituyen estudios sobre las etnias Lupaka y Collagua, del altiplano y la sierra arequipeña, respectivamente. El contenido del primer y cuarto capítulos es conocido por primera vez y alude al estado de las fuentes del siglo XVI y la formación del Tawantinsuyu, el primero, y a la interacción de los elementos andinos y occidental en la historia del Perú, el último.

Se inicia el primer ensayo con una discusión de los problemas originados en torno a las crónicas por su condición de fuente oral pre-existente al texto, por las distintas categorías que organizan la lógica

del pensamiento andino y del occidental, representadas por el informante y el cronista, y el hecho evidente de que las crónicas respondían a determinados intereses de la coyuntura en que fueron escritas. Sarmiento, Garcilaso, Juan de Betanzos y Cieza de León son los cronistas elegidos por el autor, en vista de compartir el hecho de haber recogido su información en el Cuzco. En contraposición a la crónica, las visitas administrativas tienen también importancia de primer orden para el estudio del pasado andino. Se trata de informes elaborados por funcionarios españoles, sobre los recursos humanos y agropecuarios de determinadas zonas, así como sobre algunos aspectos de su organización social. Las visitas de Huánuco, Chucuito, Collaguas, etc. contienen excelente información sobre demografía, el establecimiento de reducciones, el funcionamiento de la tributación, la mita y aún sobre la vida de las etnias anterior a 1532. Ambas fuentes, la crónica y la visita, resultan complementarias y es preciso saber bus-

car en una aquello que no contiene la otra. Asimismo resulta evidente que la naturaleza de la información que contiene y de aquella de que carecen obligan al historiador a utilizar el aporte de la etnografía, la arqueología y la lingüística.

Es sobre esta base que Pease enfrenta el problema de la formación del Tawantinsuyu. Una de las primeras cuestiones a resolver es la del Inca y su vinculación con el poder. Frente a la imagen de un Inca gobernante, propuesta por los cronistas, destaca la de un Inca arquetipo, evidenciada en los mitos de fundación. Por otro lado, la insurgencia de Pachacúti desplazó al inca Wiracocha y a la divinidad del mismo nombre privilegiando el culto solar. El pasado también se solarizó y así al Ayar Manco del mito de Sarmiento se convirtió en Manco Capac, la pareja de Mama Ocllo en la versión oficial de la fundación del Cuzco. Destruído el estado cuzqueño y en medio de un contexto mesiánico, el propio Inca reemplazó al caído Inti, estableciéndose una sucesión entre Wiracocha, Inti y el Inca.

Pease explica el acceso del Inca al poder, más allá de lo que el conflicto entre Huascar y Atahualpa pueda sugerir, en el hecho de que actuó como un mediador a gran escala, conquistando a través de la mediación, repartiendo bienes, construyendo caminos y de-

pósitos, obteniendo fuerza de trabajo y movilizándola, todo ello dentro de un contexto de mecanismos ampliados de reciprocidad y redistribución.

¿En base a qué recursos se produjo la expansión del Tawantinsuyu? El recurso más vinculado al Cuzco, el maíz, tiene importancia solamente como artículo suntuario. En realidad la conquista incáica afectó fundamentalmente a los excedentes más importantes de cada región y consecuentemente careció de características homogéneas. Así, en la zona del lago el estado Cuzqueño afectó al ganado y a la producción de ropa para la cual los Lupaka daban energía humana, mientras en Huánuco los Chupaychu daban fuerza de trabajo para que el Tawantinsuyu la empleara donde quisiera, en tanto que en Chíncha la presencia e importancia del Mullu otorgaban características especiales a la articulación de aquella zona con el Tawantinsuyu. A su turno, Cajamarca habría de aparecer, análogamente al altiplano, vinculada al ganado y como un centro administrativo destinado a abastecer de recursos el área norte del Tawantinsuyu, al mismo tiempo que el Chimor se habría de incorporar al estado Cuzqueño como abastecedor de mano de obra altamente especializada, atributo aplicable a la costa en general y, más al norte, Chachapoyas habría cumplido las veces de puesto de avanzada para la penetración en la

ceja de selva y también las de reducto militar. Por último se integró Tumipampa, con características excepcionales, tanto por el acceso a recursos estratégicos como por su condición de "nuevo Cuzco", hecho que precisamente habría de precipitar la crisis del estado cuzqueño.

Por último, Pease trata de establecer una relación entre el relato de las conquistas del Inca, que los cronistas han historizado y el modelo que los mitos de origen del Cuzco ofrecen, apoyado en un esquema común a las sociedades dualistas. Privilegia el testimonio de Betanzos, quien informa cómo Wiracocha encargó a sus ayudantes la creación de los hombres por la parte del Condesuyo y el Andesuyo, mientras que la propia divinidad se reservaba el sector hanan, transitando de Tiawanaku al Cuzco y de allí adelante, hacia el Chinchaysuyu. Análoga relación se puede advertir en las precisiones que hace el mismo cronista a la gestión de Pachacuti al derrotar a los Chancas. Pease se pregunta si las referencias toponímicas que las crónicas dan no serán identificables con una estructura estable que pudiera eventualmente incluir también a los ceque. Apoya su argumentación con el hecho de que los hombres del Ande representaron acontecimientos mediante rituales y presenta un cuadro comparativo de la información resumida que ofre-

cen los cronistas sobre la expansión cuzqueña. Resulta sugerente el que los Incas iniciaran sus conquistas por el norte y las continuaran en el sentido horario, ampliándolas sucesivamente en un movimiento de tipo espiral.

El segundo ensayo del libro está ubicado en la perspectiva de la historia de los grupos étnicos, en concreto del reino Lupaka. A partir de los estudios generados en torno a la visita de Chucuito hecha en 1567 por Garci Diez y apoyado en documentación toledana y posterior, Pease ofrece un intento de aproximación a los cambios observables en el reino Lupaka, así como una información sobre Pedro Gutiérrez Flores y Juan Ramírez Zegarra, visitantes toledanos del área. Esto último le permite establecer, a través de la documentación vinculada a Gutiérrez Flores, algunas de las tensiones desatadas entre la administración anterior a Toledo y la que este Virrey impuso, aclarando de paso algunas confusiones sobre aquél visitador.

Los cambios observables en el reino Lupaka giran en torno al problema demográfico, el poder de los señores étnicos y el control vertical de diversos pisos ecológicos. Queda claro que la población Lupaka en 1567, cuando fue visitada por Garci Diez era inferior a la de los tiempos del Inca.

Sin embargo, se puede apre-

ciar un aumento demográfico en las cifras arrojadas por la visita toledana (1572-75) y en las que se obtuvo en la visita ordenada por el virrey Enriquez (1581-83). Ambas comprobaciones dan oportunidad al autor para plantear, a manera de explicación, algunas de las características propias de la región: apoyo a las guerras de Tumbamba, turbulencias de los tiempos de la invasión, establecimiento de las reducciones e implementación de la mita minera. Asimismo, llama la atención sobre las eventuales variaciones al interior mismo de la administración española y, finalmente, intenta encuadrar el problema de la marginalidad de la población Uru frente a la Aymara.

338

Los Mallku, señores étnicos, sufren por su parte las consecuencias derivadas de la existencia de un poder paralelo y superior como el español, acentuándose la pérdida y transformación de su poder, que ya en Garci Diez se insinuaba. Por otra parte ellos son, naturalmente, los primeros en acceder a una economía monetaria y, a medida que avanza el XVI, la tendencia apunta a convertirlos en funcionarios a sueldo, intermediarios entre la población de sus señoríos y la administración española. La documentación estudiada por Pease le permite hacer observaciones al funcionamiento del modelo del control vertical, en una sociedad en movimiento. Queda

claro que los cambios demográficos y las limitaciones al poder de los Mallku, así como el incremento de la presión administrativa española y de la mita minera alteraron el control de las "islas", sin embargo de lo cual los señores de Chucuito no habrían de dejar de reivindicarlo cada vez que estuviera a su alcance.

En *Collaguas una etnia del siglo XVI*, Franklin Pease analiza las causas que motivaron las visitas de finales de siglo y todas las potencial información contenida en las visitas efectuadas a la zona del río Colca. Luego de presentar la secuencia de cambios administrativos sufrida por los Collaguas tras la invasión, discute los problemas derivados de la existencia de tres cabeceras de Collaguas -Yanque, Lari y Cabana-, la supuesta identidad de las dos primeras frente a la tercera y la hegemonía de Yanque, apoyándose sobretudo en las *Relaciones Geográficas de I Indias*. Con el auxilio del aporte arqueológico, el autor presenta seguidamente las evidencias y sugerencias que la presencia del Tawantinsuyu en la zona ofrece y también aquellas de las que se carece. La visita de 1591 permite afirmar nuevas evidencias del control vertical, pero también ampliar sus perspectivas, sobretudo en lo que se refiere al control ejercido por los señores étnicos secundarios, así como a la imagen territorial del ayllu. Las referencias concretas de la

visita a recursos y lugares aluden inequívocamente al control de diversos pisos ecológicos.

El autor presenta luego una versión del mito de Inkarrí, caracterizada por un clarísimo énfasis en el aspecto ecológico y en el cual se privilegia la importancia del agua y el maíz. Completa el análisis una versión oral sobre la mudanza de la población, sospechosamente identificable con el establecimiento de las reducciones y en la cual se aprecia ya claros síntomas de aculturación y sincretismo andinos. Por último se observa la posible relación de los Collaguas con la zona del lago, a partir de coincidencias en el nombre de determinados señores étnicos, evidencias etnográficas y semejanzas lingüísticas. La relación entre Yanque, Lari y Cabana, finalmente, sugiere una comparación con la de Hatuncolla, Pacaxe y Lupaka, en el altiplano.

El último capítulo pretende ser una síntesis de lo visto y una proyección hacia adelante, con miras a una mejor comprensión del rol que lo andino ha jugado en la historia peruana, presentada bajo el título de *derroteros andinos*. Pease empieza por presentar la imagen usual de la historia del Perú, ahogada por su división en compartimientos estancos y ajena al reconocimiento de la existencia de una continuidad histórica, por debajo de los cambios super-

ficiales que ella registra. Es precisamente en busca de aquella continuidad que se inicia una reflexión en torno a la historia del Perú y lo andino, continuando quizá aquella oposición entre un Perú urbano y criollo y otro Perú rural e indígena, que Basadre sugiriera tiempo atrás. En este contexto y bajo la jerarquía de estas categorías desfilan los cambios fundamentales y se reordenan las coyunturas clave, derivados de la invasión europea e incubados bajo el régimen colonial, al mismo tiempo que se intenta establecer la forma y medida en que fueron modificados o no, por el establecimiento de la república.

1532-1560 resulta así un período con características propias y claramente distinguibles de las de los años posteriores a 1580. En el medio se encuentra la década toledana, precisamente la bisagra entre una y otra época. Antes de Toledo el territorio peruano era prácticamente una constante frontera, la oposición urbano-rural básicamente formal, la presencia y fuerza centralizadora del estado mínimo. La política toledana significó precisamente una respuesta a estas características y en su aplicación pasó por encima de quienes habían privilegiado en las prioridades de la administración colonial la comprensión de lo andino. Después de 1580 y a raíz de la presencia toledana, la administración impuso sistemas

únicos de control, fortaleciéndose enormemente el estado y quedando fundadas, al mismo tiempo que divididas, la "república de españoles" y la "república de indios", sujetos de sub-procesos históricos que transcurrirán por líneas ya convergentes o divergentes, ya paralelas según la situación.

Uno de los primeros síntomas de la nueva situación es el creciente predominio de las ciudades, así como la jerarquía que en el control del aparato colonial tuvieron aquellas vinculadas en una economía portuaria. A su turno, la población andina desarrolló formas de supervivencia y resistencia frente a la presión del estado y la subordinación de lo urbano, que han sido objeto de estudios escasos y generalmente ajenos a una visión de conjunto que permitiera una comprensión del problema en su totalidad. Pease reseña en este punto los más importantes estudios realizados al respecto y las fuentes utilizables. Tributos, mita, reducciones, evangelización, etc. fueron las categorías que sirvieron de punto de contacto y divergencia a ambos procesos históricos.

¿Qué ocurrió luego? El período 1780-1824 aparece como el segundo momento de convergencia de los procesos históricos andino y occidental en el Perú. En el camino se encuentra el siglo XVIII, tan poco estudiado y sobre el

cual resulta ya insostenible aquella imagen de una pax colonial. La presión tributaria incluyó a mestizos y forasteros, la producción minera decreció, la hacienda empezó a absorber la mano de obra liberada de la mita minera ¿Qué significó todo lo anterior para la interacción de lo andino y lo occidental, lo rural y lo urbano, cuyo conocimiento persigue Pease? El propio autor se encarga de dejar claro que no tiene una respuesta al problema planteado, pero que en esa carencia le acompañan los pocos pensadores que se han ocupado de la época.

El siglo XVIII trajo consigo las reformas borbónicas y una secuela de rebeliones campesinas que culminaron en las de Túpac Amaru y Pumacahua. Pease se pregunta cuánta participación tuvieron en ellas las ciudades, qué grado de solidaridad se estableció o no con los criollos que habrían de dirigir luego la independencia. Especula el autor sobre si Túpac Amaru y Pumacahua fueron verdaderamente productos de la corriente histórica andina, o confluyeron hacia ella subordinándola a sus intereses.

El ciclo 1780-1824 estaría caracterizado, en análoga forma al pre-toledano, por una marcada indecisión de las relaciones y mecanismos de interacción entre ambos procesos históricos, el occidental urbano y el andino rural. Al

hacer suya la victoria de 1824, aquél volvió a reafirmar su hegemonía sobre lo andino. Termina Pease haciendo una relación bastante somera de los cambios y nuevos mecanismos de presión que aparecieron con el establecimiento de la República y las agitaciones que lo acompañaron, hasta que el reestablecimiento del antiguo tributo volvió las cosas a su sitio.

No existe historiografía sin problema histórico, ha dicho Basadre refiriéndose a la tesis doctoral de Riva Agüero. La lectura de Pease invita a invertir los términos de la frase. En efecto, toda discusión en torno a la formación del Tawantinsuyu, la articulación de las etnias que lo integraron y las proyecciones de su desintegración sobre la historia peruana está presidida por una permanente revisión de la calidad de las fuentes, el tipo de utilización del que han sido objeto, así como de la imagen histórica que todo ello ha contribuido a acuñar. Pero al mismo tiempo la lectura hace evidente la falta de unidad entre los distintos ensayos que conforman el libro. Es cierto, como advierte el autor, que lo andino vertebró la historia del Perú, pero no es ella la única que corre el riesgo de presentarse agrupada en compartimientos estancos.

Nos parece que el primer ensayo, el más acabado, muestra la madurez de este historiador

porque así culmina, si vale el término, aquella ruta iniciada con *Los últimos incas del Cuzco* y *El Dios creador andino*, mientras los dos siguientes corresponden a una cabal muestra del editor de *Collaguas I*. ¿Es el último ensayo del libro que ahora reseñamos un anticipo de lo que será el historiador Franklin Pease en el Futuro? Creemos y queremos que así sea.

Es encomiable la erudición y la capacidad de manejo de las fuentes que ha alcanzado este autor. Solamente extrañamos la ausencia del uso de los protocolos notariales, valioso depósito de información todavía no utilizado cabalmente. En adelante, quien quiera transcurrir por el siglo XVI tendrá la suerte de poder recurrir a esta acabada síntesis documental ofrecida por Pease.

Por último alegra que el autor se haya animado a trazar esquemas generales de interpretación y desarrollo teórico que rebasen el XVI y apunten a la comprensión de la historia del Perú y lo nacional, a partir de un mejor conocimiento del rol de lo andino en ellas. Este es un camino que hay que transitar con decisión, sin perjuicio de los errores y vacíos propios a todo primer intento de síntesis y elaboración teórica. La historiografía los viene reclamando desde hace buen tiempo.

En este sentido es que deben entenderse las observaciones que la lectura de *derroteros andinos* sugiere. Es evidente que se trata de una formulación todavía a medias, que debe completarse con mayor investigación histórica, pero también con el aporte creciente de las otras ciencias sociales al estudio del proceso de urbanización en Latinoamérica, al cual el análisis de Pease no resulta todo lo cercano que se pudiera desear. No se trata de que deje de ser tan historiador y sea más sociólogo en su análisis; no lo fue José Luis Romero cuando estudio las ciudades en Latinoamérica ni están los tiempos para reivindicar provincialismos al interior de las ciencias sociales. Creemos que este estudio le ofrece a Pease la posibilidad, aún no concretada por cierto, de inaugurar en la historiografía peruana el estudio de largo aliento, de las estructuras impermeables a los cambios superficiales; aquello que los historiadores, entre

casa, llamamos una historia de largá duración, pero cuya mención nos remite mucho antes a Braudel que a Toynbee.

Una apreciación final. Quien haya pasado por las clases del profesor Pease no podrá evitar luego de haber cerrado el libro, recordar aquella sensación de pregunta sin respuesta, de voluntad de plantear más problemas que soluciones, casi reanimar una suerte de impaciencia generacional. Quizá sea conveniente recordar en este punto aquellas palabras de Lucien Febvre: *el historiador no es el que sabe, es el que busca. Nosotros buscamos.*